

puesta de la que esperaba de mi boca y piadosa condición, no hizo otra cosa sino bajar la cabeza, y acrecentando lágrimas á lágrimas y sollozos á sollozos, se apartó de mí, y volviendo á cabo de poco trecho el rostro, me dijo: Ruego yo á Dios, Teolinda, que presto te veas en estado que tengas por dichoso el mio, y que el amor te trate de manera que cuentes tu pena á quien la estime y sienta en el grado que tú has hecho la mia; y con esto se fué y yo me quedé riendo de sus desvarios. Mas ¡ay, desdichada! y ¡cómo á cada paso conozco que me va alcanzando bien su maldición, pues aun ahora temo que estoy contando mi pena á quien se dolerá poco de haberla sabido! A esto respondió Galatea: Pluguiera á Dios, discreta Teolinda, que así como ballarás en nosotras compasión de tu daño, pudieras hallar el remedio de él, que presto perdieras la sospecha que de nuestro conocimiento tienes. Vuestra hermosa presencia y agradable conversacion, dulces pastoras, respondió Teolinda, me hacen esperar eso; pero mi corta ventura me fuerza á temer estotro; mas suceda lo que sucediere, que al fin habré de contaros lo que os he prometido.

Con la libertad que os he dicho y en los ejercicios que os he contado, pasaba yo mi vida tan alegre y sosegadamente, que no sabía qué pedirme el deseo, hasta que el vengativo amor me vino á tomar estrecha cuenta de la poca que con él tenía, y alcanzóme en ella de manera, que con quedar su esclava creo que aun no está pagado ni satisfecho. Acaeció pues que un día (que fuera para mí el mas venturoso de los de mi vida, si el tiempo y las ocasiones no hubieran traído tal descuento á mis alegrías), viniendo yo con otras pastoras de nuestra aldea á cortar ramos y á coger juncia y flores y verdes espadañas para adornar el templo y calles de nuestro lugar (por ser el siguiente día solemnísima fiesta, y estar obligados los moradores de nuestro pueblo por promesa y voto á guardalla), acertamos á pasar todas juntas por un deleitoso bosque que entre el aldea y el río está puesto, á donde hallamos una junta de agraciados pastores, que á la sombra de los verdes árboles pasaban el ardor de la caliente siesta, los cuales como nos vieron, al punto fuimos de ellos conocidas, por ser todos cuál primo, y cuál hermano, y cuál pariente nuestro; y saliéndonos al encuentro, y entendido de nosotras el intento que llevábamos, con corteses palabras nos persuadieron y forzaron á que adelante no pasásemos, porque algunos de ellos traerían los ramos y flores porque íbamos: y así vencidas de sus ruegos, por ser ellos tales, concedimos lo que querían, y luego seis de los mas mozos, apercebidos de sus hocinos, se partieron con gran contento á traernos los verdes despojos que buscábamos. Nosotras, que seis éramos, nos juntamos donde los demas pastores estaban, los cuales nos recibieron con el comedimiento posible, especialmente un pastor forastero que allí estaba, que de ninguna de nosotras fué conocido, el cual era de tan gentil donaire y brío, que quedaron todas admiradas en verle; pero yo quedé admirada y rendida. No sé qué os diga, pastoras, sino que así como mis ojos le vieron, sentí enternecerme el corazón y comenzó á discurrir por todas mis venas un hielo que me encendía, y sin saber cómo, sentí que mi alma se alegraba de tener puestos los ojos en el hermoso rostro del no conocido pastor; y en un punto, sin ser en los casos de amor experimentada, vine á conocer que era amor el que sal-

teado me había; luego quisiera quejarme de él si el tiempo y la ocasión me dieran lugar á ello. En fin, yo quedé cual ahora estoy vencida y enamorada, aunque con mas confianza de salud que la que ahora tengo. ¡Ay cuántas veces en aquella sazón me quise llegar á Lidia, que con nosotras estaba y decirle: perdóname, Lidia, hermana, de la desabrida respuesta que te di el otro día, porque te hago saber que ya tengo mas experiencia del mal de que te quejabas, que tú mesma! Una cosa me tiene maravillada, de cómo cuantas allí estaban no conocieron por los movimientos de mi rostro los secretos de mi corazón; y debió de causar que todos los pastores se volvieron al forastero, y le rogaron que acabase de cantar una canción que había comenzado ántes que nosotras llegásemos; el cual, sin hacerse de rogar, siguió su comenzado canto con tan extremada y maravillosa voz, que todos los que la escuchaban estaban trasportados en oírlo. Entónces acabé yo de entregarme de todo en todo á todo lo que el amor quiso, sin quedar en mí mas voluntad que si no la hubiera tenido para cosa alguna en mi vida; y puestó que yo estaba mas suspensa que todos escuchando la suave armonía del pastor, no por eso dejé de poner grandísima atención á lo que en sus versos cantaba, porque me tenía ya el amor puesta en tal extremo, que me llegara al alma si le oyera cantar cosas de enamorado, que imaginara que ya tenía ocupados sus pensamientos, y quizá en parte que no tuviesen alguna los míos en lo que deseaban; mas lo que entónces cantó no fuéron sino ciertas alabanzas del pastoral estado y de la sosegada vida del campo, y algunos avisos útiles á la conservacion del ganado: de que no poco quedé yo contenta, pareciéndome que si el pastor estuviera enamorado, que de ninguna cosa tratara que de sus amores, por ser condicion de los amantes parecerles mal gastado el tiempo que en otra cosa que en ensalzar y alabar la causa de sus tristezas ó contentos se gasta. Ved, amigas, en cuán poco espacio estaba ya maestra en la escuela de amor. El acabar el pastor su canto, y el descubrir los que con los ramos venían, fué todo á un tiempo: los cuales, á quien de léjos los miraba, no parecían sino un pequeño montecillo que con todos sus árboles se movía, segun venían pomposos y enramados; y llegando ya cerca de nosotras, todos seis entonaron sus voces, y comenzando el uno y respondiendo todos, con muestras de grandísimo contento, y con muchos placenteros alaridos, dieron principio á un gracioso villancico. Con este contento y alegría llegaron mas presto de lo que yo quisiera, porque me quitaron la que yo sentía de la vista del pastor. Descargados pues de la verde carga, vimos que traía cada uno una hermosa guirnalda enroscada en el brazo, compuesta de diversas y agradables flores. las cuales con graciosas palabras á cada una de nosotras la suya presentaron y se ofrecieron de llevar los ramos hasta el aldea: mas agradeciéndoles nosotras su buen comedimiento, llenas de alegría queríamos dar la vuelta al lugar, cuando Eleuco, un anciano pastor que allí estaba, nos dijo: Bien será, hermosas pastoras, que nos pagueis lo que por vosotras nuestros zagales han hecho, con dejarnos las guirnaldas, que demasiadas llevais de lo que á buscar veníades; pero ha de ser con condicion que de vuestra mano las deis á quien os pareciere. Si con tan pequeña paga quedareis de nosotras satisfechos, respondió la una, yo por mí soy contenta; y tomando la

guirnalda con ambas manos, la puso en la cabeza de un gallardo primo suyo; las otras, guiadas de este ejemplo, dieron las suyas á diferentes zagales que allí estaban, que todos sus parientes eran. Yo que á lo último quedaba y que allí deudo alguno no tenía, mostrando hacer de la desenvuelta, me llegué al forastero pastor, y poniéndole la guirnalda en la cabeza, le dije: Esta te doy, buen zagal, por dos cosas: la una, por el contento que á todos nos has dado con tu agradable canto; la otra, porque en nuestra aldea se usa honrar á los extranjeros. Todos los circunstantes recibieron gusto de lo que yo hacia; pero ¡qué os diré yo de lo que mi alma sintió viéndome tan cerca de quien me la tenía robada, sino que diera cualquiera otro bien que acertara á desear en aquel punto, fuera de quererle, por poder ceñirle con mis brazos al cuello, como le ceñí las sienes con la guirnalda? El pastor se me humilló, y con discretas palabras me agradeció la merced que le hacia, y al despedirse de mí, con voz baja, hurtando la ocasión á los muchos ojos que allí había, me dijo: Mejor te he pagado de lo que piensas, hermosa pastora, la guirnalda que me has dado; prenda llevas contigo, que si la sabes estimar conocerás que me quedas deudora. Bien quisiera yo responderle; pero la priesa que mis compañeras me daban era tanta, que no tuve lugar de responderle. De esta manera me volví al aldea, con tan diferente corazón del con que había salido, que yo misma de mí mesma me maravillaba. La compañía me era enojosa, y cualquiera pensamiento que me viniese, que á pensar en mi pastor no se encaminase, con gran presteza procuraba luego desecharle de mi memoria, como indigno de ocupar el lugar que de amorosos cuidados estaba lleno. Y no sé cómo en tan pequeño espacio de tiempo me transformé en otro sér del que tenía; porque yo ya no vivía en mí, sino en Artidoro, que así se llama la mitad de mi alma que ando buscando: do quiera que volvía los ojos me parecía ver su figura, cualquiera cosa que escuchaba, luego sonaba en mis oídos su suave música y armonía: á ninguna parte movía los pies que no diera por hallarle en ella mi vida, si él la quisiera: en los manjares no hallaba el acostumbrado gusto, ni las manos acertaban á tocar cosa que se le diese. En fin, todos mis sentidos estaban trocados del sér que primero tenían, ni el alma obraba por ellos como era acostumbrada. En considerar la nueva Teolinda que en mí había nacido, y en contemplar las gracias del pastor, que impresas en el alma me quedaron, se me pasó todo aquel día y la noche ántes de la solemne fiesta, la cual venida, fué con grandísimo regocijo y aplauso de todos los moradores de nuestra aldea y de los circunvecinos lugares solemnizada. Y despues de acabadas en el templo las sacras obligaciones y cumplidas las debidas ceremonias, en una ancha plaza que delante del templo se hacia, á la sombra de cuatro antiguos y frondosos álamos que en ella estaban, se juntó casi la mas gente del pueblo, y haciéndose todos un corro, dieron lugar á que los zagales vecinos y forasteros se ejercitasen por honra de la fiesta en algunos pastoriles ejercicios. Luego en el instante se mostraron en la plaza un buen número de dispuestos y gallardos pastores, los cuales, dando alegres muestras de su juventud y destreza, dieron principio á mil graciosos ejercicios. Para tirando la pesada barra, ora mostrando la sujeta, sus sueltos miembros en los desusados saltos,

ora descubriendo su crecida fuerza é industriosa maña en las intrincadas luchas, ora enseñando la velocidad de sus piés en las largas carreras, procurando cada uno ser tal en todo, que el primero premio alcanzase de muchos que los mayores del pueblo tenían puestos para los mejores que en tales ejercicios se aventajasen; pero en estos que he contado, ni en otros muchos que callo por no ser prolija, ninguno de cuantos allí estaban vecinos y comarcanos llegó al punto que mi Artidoro, el cual con su presencia quiso honrar y alegrar nuestra fiesta y llevarse el primero honor y premio de todos los juegos que se hicieron. Tal era, pastoras, su destreza y gallardía; las alabanzas que todos le daban eran tantas, que yo me ensoberbecia, y un desusado contento en el pecho me retozaba solo en considerar cuán bien había sabido ocupar mis pensamientos; pero con todo eso me daba grandísima pesadumbre que Artidoro, como forastero, se había de partir presto de nuestra aldea, y que si él se iba sin saber á lo ménos lo que de mí llevaba, que era el alma, qué vida sería la mia en su ausencia, ó cómo podria yo olvidar mi pena siquiera con quejarme, pues no tenía de quién sino de mí mesma. Estando yo pues en estas imaginaciones, se acabó la fiesta y regocijo, y queriendo Artidoro despedirse de los pastores sus amigos, todos ellos juntos le rogaron que por los dias que había de durar el octavario de la fiesta, fuese contento de pasarlos con ellos, si otra cosa de mas gusto no se lo impedía. Ninguna me la puede dar á mí mayor, graciosos pastores, respondió Artidoro, que servirlos en esto y en todo lo que mas fuere vuestra voluntad, que puesto que la mia era por ahora querer buscar á un hermano mio que pocos dias ha falta de nuestra aldea, cumpliré vuestro deseo, por ser yo el que gano en ello: todos se lo agradecieron mucho y quedaron contentos de su quedada; pero mas lo quedé yo considerando que en aquellos ocho dias no podia dejar de ofrecérseme ocasion donde le descubriese lo que ya encubrir no podia. Toda aquella noche casi se nos pasó en bailes y juegos, y en contar unas á otras las pruebas que habíamos visto hacer á los pastores aquel día, diciendo: Fulano bailó mejor que fulano, puesto que el tal sabía mas mudanzas que el tal: Mingo derribó á Bras, pero Bras corrió mas que Mingo; y al fin, fin, todas concluían que Artidoro, el pastor forastero, había llevado la ventaja á todos, loándole cada una en particular sus particulares gracias: las cuales alabanzas, como ya he dicho, todas en mi contento redundaban. Venida la mañana del día despues de la fiesta, ántes que la fresca aurora perdiese el rocío aljofarado de sus hermosos cabellos, y que el sol acabase de descubrir sus rayos por las cumbres de los vecinos montes, nos juntamos hasta una docena de pastoras, de las mas miradas del pueblo, y asidas unas de otras de las manos, al son de una gaita y de una zampoña, haciendo y deshaciendo intrincadas vueltas y bailes, nos salimos de la aldea á un verde prado que no léjos della estaba, dando gran contento á todos los que nuestra enmarañada danza miraban; y la ventura, que hasta entónces mis cosas de bien en mejor iba guiando, ordenó que en aquel mismo prado ballásemos todos los pastores del lugar y con ellos á Artidoro, los cuales como nos vieron, acordando luego el son de un tamborino suyo con el de nuestras zampoñas, con el mismo compas y baile nos salieron á recibir mezclándonos unos con otros con-

fusa y concertadamente, y mudando los instrumentos el son, mudamos de baile, de manera que fué menester que las pastoras nos desasiésemos y diésemos las manos á los pastores, y quiso mi buena dicha que acerté yo á dar la mía á Artidoro. No sé cómo os encarezca, amigas, lo que en tal punto sentí, si no es decir que me turbé de manera que no acertaba á dar paso concertado en el baile, tanto que le convenía á Artidoro llevarme con fuerza tras sí, porque no rompiese soltándome el hilo de la concertada danza, y tomando dello ocasion, le dije: ¿En qué te ha ofendido mi mano, Artidoro, que así la aprietas? El me respondió con voz que de ninguno pudo ser oída: ¿Mas qué te ha hecho á tí mi alma, que así la maltratas? Mi ofensa es clara, respondí yo mansamente; mas la tuya ni la veo ni podrá verse. Y aun allí está el daño, replicó Artidoro, que tengas vista para hacer mal y te falte para sanarle. En esto cesaron nuestras razones, porque los bailes cesaron, quedando yo contenta y pensativa de lo que Artidoro me había dicho; y aunque consideraba que eran razones enamoradas, no me aseguraban si eran de enamorado. Luego nos sentamos todos los pastores y pastoras sobre la verde yerba, y habiendo reposado un poco del cansancio de los bailes pasados, el viejo Eleuco, acordando su instrumento, que un rabel era, con la zampoña de otro pastor, rogó á Artidoro que alguna cosa cantase, pues él mas que otro alguno lo debía hacer, por haberle dado el cielo tal gracia, que sería ingrato si encubriera quisiese. Artidoro, agradeciendo las alabanzas que le daba, comenzó luego á cantar unos versos que, por haberme puesto en mi sospecha aquellas palabras que antes me había dicho, los tomé tan en la memoria, que aun hasta ahora no se me han olvidado, los cuales, aunque os dé pesadumbre de oírlos, solo porque hacen al caso para que entendais punto por punto por los que me ha traído el amor á la ocasion en que me hallo, os los habré de decir, que son estos.

En áspera, cerrada, oscura noche
Sin ver jamás el esperado día,
Y en continuo crecido amargo llanto,
Ajeno de placer, contento y risa
Merece estar, y en una viva muerte
Aquel que sin amor pasa la vida.
¿Qué puede ser la mas alegre vida,
Sino una sombra de una breve noche,
O natural retrato de la muerte,
Si en todas cuantas horas tiene el día,
Puesto silencio al congojoso llanto,
No admite del amor la dulce risa?
Do vive el blando amor, vive la risa,
Y adonde muere, muere nuestra vida,
Y el sabroso placer se vuelve en llanto,
Y en tenebrosa sempiterna noche
La clara luz del sosegado día,
Y es vivir sin él amarga muerte.
Los rigurosos trances de la muerte
No huye el amator; antes con risa
Desea la ocasion y espera el día
Donde puede ofrecer la cara vida,
Hasta ver la tranquila última noche,
Al amoroso fuego, al dulce llanto.
No se llama de amor el llanto, llanto,
Ni su muerte llamarse debe muerte,
Ni á su noche dar titulo de noche,
Ni su risa llamarse debe risa,
Y su vida tener por cierta vida
Y solo festejar su alegre día.
Oh venturoso para mi este día
Do pudo poner freno al triste llanto,
Y alegrarme de haber dado mi vida
A quien dárme la puede, ó darme muerte!
¿Mas qué puede esperarse, sino es risa
De un rostro que al sol vence y vuelve en noche?
Vuelto ha mi oscura noche en claro día
Amor, y en risa mi crecido llanto,
Y mi cereana muerte en larga vida.

Estos fueron los versos, hermosas pastoras, que con maravillosa gracia y no ménos satisfaccion de los que le escuchaban aquel día cantó mi Artidoro, de los cuales y de las razones que ántes me había dicho, tomé yo ocasion de imaginar si por ventura mi vista algun nuevo accidente amoroso en el pecho de Artidoro había causado, y no me salió tan vana mi sospecha, que él mismo no me la certificase al volvernos al aldea. A este punto del cuento de sus amores llegaba Teolinda, cuando las pastoras sintieron grandísimo estruendo de voces de pastores y ladridos de perros, que fué causa para que dejasen la comenzada plática, y se parasen á mirar por entre las ramas lo que era; y así vieron que por un verde llano que á su mano derecha estaba atravesaba una multitud de perros, los cuales venían siguiendo una temerosa liebre, que á toda furia á las espesas matas venía á guarecerse; y no tardó mucho, que por el mismo lugar donde las pastoras estaban, la vieron entrar y irse derecha al lado de Galatea, y allí vencida del cansancio de la larga carrera y casi como segura del cercano peligro, se dejó caer en el suelo con tan cansado aliento, que parecia que faltaba poco para dar el último espíritu. Los perros por el olor y rastro la siguieron hasta entrar donde estaban las pastoras; mas Galatea, tomando la temerosa liebre en los brazos, estorbó su vengativo intento á los codiciosos perros, por parecerle no ser bien si dejaba de defender á quien della había querido valerse. De allí á poco llegaron algunos pastores, que en seguimiento de los perros y de la liebre venían; entre los cuales venía el padre de Galatea, por cuyo respeto ella, Florisa y Teolinda le salieron á recibir con la debida cortesía. El y los pastores quedaron admirados de la hermosura de Teolinda y con deseo de saber quién fuese, porque bien conocieron que era forastera. No poco les pesó desta llegada á Galatea y Florisa, por el gusto que les había quitado de saber el suceso de los amores de Teolinda, á la cual rogaron fuese servida de no partirse por algunos dias de su compañía, si en ello no se estorbaba acaso el cumplimiento de sus deseos. Antes por ver si pueden cumplirse, respondió Teolinda, me conviene estar algun día en esta ribera: y así por esto, como por no dejar imperfecto mi comenzado cuento, habré de hacer lo que me mandais. Galatea y Florisa la abrazaron y le ofrecieron de nuevo su amistad y de servirla en cuanto sus fuerzas alcanzasen. En este entre tanto habiendo el padre de Galatea y los otros pastores en el margen del claro arroyo tendido sus gabanes y sacado de sus zurriones algunos rústicos manjares, convidaron á Galatea y sus compañeras á que con ellos comiesen. Acetaron ellas el convite, y sentándose luego, desecharon la hambre, que por ser ya subido el día comenzaba á fatigarles. En estos y en algunos cuentos que por entretener el tiempo los pastores contaron, se llegó la hora acostumbrada de recogerse al aldea. Y luego Galatea y Florisa, dando vuelta á sus rebaños, los recogieron, y en compañía de la hermosa Teolinda y de los otros pastores hácia el lugar poco á poco se encaminaron; y al quebrar de la cuesta, donde aquella mañana habían topado á Elicio, oyeron todos la zampoña del desamorado Lenio, el cual era un pastor en cuyo pecho jamás el amor pudo hacer morada, y de esto vivía él tan alegre y satisfecho, que en cualquiera conversacion y junta de pastores que se hallaba, no era otro su intento sino decir mal de amor y de los enamora-

y todos sus cantares á este fin se encaminaban; y por esta tan extraña condicion que tenia, era de todos los pastores de todas aquellas comarcas conocido, y de unos aborrecido, y de otros estimado. Galatea y los que allí venían se pararon á escuchar, por ver si Lenio, como de costumbre tenia, alguna cosa cantaba, y luego vieron que, dando su zampoña á otro compañero suyo, al son della comenzó á cantar lo que se sigue.

LENIO.

Un vano descuidado pensamiento,
Una loca altanera fantasía,
Un no sé qué, que la memoria cria
Sin ser, sin calidad, sin fundamento;
Una esperanza que se lleva el viento,
Un dolor con renombre de alegría,
Una noche confusa do no hay día,
Un ciego error de nuestro entendimiento;
Son las raíces propias de do nace
Esta quimera antigua celebrada.
Que amor tiene por nombre en todo el suelo.
Y el almz que en amor tal se complace,
Merece ser del suelo desterrada,
Y que no la recojan en el cielo.

A la sazón que Lenio cantaba lo que habeis oido, habían ya llegado con sus rebaños Elicio y Erastro en compañía del lastimado Lisandro, y pareciéndole á Elicio que la lengua de Lenio en decir mal del amor á mas de lo que era razon se extendía, quiso mostrarle á la clara su engaño, y aprovechándose del mismo concepto de los versos que él había cantado, al tiempo que ya llegaba Galatea, Florisa y Teolinda y los demas pastores, al son de la zampoña de Erastro, comenzó á cantar desta manera.

ELICIO.

Merece quien en el suelo
En su pecho á amor encierra,
Que le desechen del cielo,
Y no le sufra la tierra.

Amor, que es virtud entera,
Con otras muchas que alcanza,
De una en otra semejanza
Sube á la causa primera:
Y merece el que su celo
De tal amor le destierra,
Que le desechen del cielo
Y no le acoja la tierra.
Un bello rostro y figura,
Aunque caduca y mortal,
Es un traslado y señal
De la divina hermosura:
Y el que lo hermoso en el suelo
Desama y echa por tierra,
Desechado sea del cielo,
Y no le sufra la tierra.
Amor tomado en sí solo,
Sin mezcla de otro accidente,
Es al suelo conveniente
Como los rayos de Apolo:

Y el que tuviere recelo
De amor que tal bien encierra,
Merece no ver el cielo
Y que le trague la tierra.
Bien se conoce que amor
Está de mil bienes lleno,
Pues hace del malo bueno,
Y del que es bueno mejor:
Y así el que discrepa un pelo
En limpia amorosa guerra,
Ni merece ver el cielo,
Ni sustentarse en la tierra.
El amor es infinito,
Si se funda en ser honesto,
Y aquel que se acaba presto,
No es amor, sino apetito:
Y al que sin alzar el vuelo
Con su voluntad se cierra,
Mátele rayo del cielo,
Y no le cubra la tierra.

No recibieron poco gusto los enamorados pastores de ver cuán bien Elicio su parte defendia; pero no por esto el desamorado Lenio dejó de estar firme en su opinion, ántes queria de nuevo volver á cantar, y á mostrar en lo que cantase, de cuán poco momento eran las razones de Elicio para escurecer la verdad tan clara que él á su parecer sustentaba; mas el padre de Galatea, que Aurelio el venerable se llamaba, le dijo: No te fatigues por agora, discreto Lenio, en querernos mostrar en tu canto lo que en tu corazon sientes, que el camino de aquí á la aldea es breve, y me parece que es menester mas tiempo del que piensas para defenderte de los muchos que tienen tu contrario parecer. Guarda tus razones para lugar mas oportuno, que algun dia te juntarás tú y Elicio con otros pastores en la fuente de las Pizarras ó arroyo de las Pal-

mas, donde con mas comodidad y sosiego podais argüir y aclarar vuestras diferentes opiniones. La que Elicio tiene, es opinion, respondió Lenio; que la mia no es sino ciencia averiguada, la cual en breve ó en largo tiempo, por traer ella consigo la verdad, me obligo á sustentarla; pero no faltará tiempo, como dices, mas aparejado para este efeto. Ese procuraré yo, respondió Elicio, porque me pesa que á tan subido ingenio como el tuyo, amigo Lenio, le falte quien le pueda requintar y subir de punto, como es el limpio y verdadero amor, de quien te muestras enemigo. Engañado estás, Elicio, replicó Lenio, si piensas por afeitadas y sofisticas palabras hacerme mudar de lo que no me tendria por hombre si me mudase. Tan malo es, dijo Elicio, ser pertinaz en el mal, como bueno perseverar en el bien; y siempre he oido decir á mis mayores que es de sabios tomar consejo. No niego yo eso, respondió Lenio, cuando yo entendiese que mi parecer no es justo; pero en tanto que la experiencia y la razon no me mostraren el contrario de lo que hasta aquí me han mostrado, yo creo que mi opinion es tan verdadera, cuanto la tuya falsa. Si se castigasen los herejes de amor, dijo á esta sazón Erastro, desde ahora comenzara yo, amigo Lenio, á cortar leña con que te abrasaran por el mayor hereje y enemigo que el amor tiene. Y aun si yo no viera otra cosa del amor, sino que tú, Erastro, le sigues y eres del bando de los enamorados, respondió Lenio, sola ella me bastara á reñegar dél con cien mil lenguas, si cien mil lenguas tuviera. Pues ¿parécete, Lenio, replicó Erastro, que no soy bueno para enamorado? Antes me parece, respondió Lenio, que los que fueren de tu condicion y entendimiento, son propios para ser ministros suyos; porque quien es cojo, con el mas mínimo traspié dá de ojos, y el que tiene poco discurso, poco ha menester para que le pierda del todo; y los que siguen la bandera de este nuestro valeroso capitán, yo tengo para mí que no son los mas sabios del mundo; y si lo han sido, en el punto que se enamoraron dejaron de serlo. Grande fué el enojo que Erastro recibió de lo que Lenio le dijo, y así le respondió: Paréceme, Lenio, que tus desvariadas razones merecen otro castigo que palabras; mas yo espero que algun dia pagarás lo que agora has dicho, sin que te valga lo que en tu defensa dijeres. Si yo entendiese de tí, Erastro, respondió Lenio, que fueses tan valiente como enamorado, no dejarían de darmé temor tus amenazas; mas como sé que te quedas atrás en lo uno, como vas adelante en lo otro, ántes me causan risa que espanto. Aquí acabó de perder la paciencia Erastro, y si no fuera por Lisandro y por Elicio, que en medio se pusieron, él respondiera á Lenio con las manos; porque ya su lengua, turbada con la cólera, apenas podia usar su oficio. Grande fué el gusto que todos recibieron de la graciosa pendencia de los pastores, y mas de la cólera y enojo que Erastro mostraba, que fué menester que el padre de Galatea hiciese las amistades de Lenio y suyas, aunque Erastro, si no fuera por no perder el respeto al padre de su señora, en ninguna manera las hiciera. Luego que la cuestion fué acabada, todos con regocijo se encaminaron á la aldea, y en tanto que llegaban, la hermosa Florisa al son de la zampoña de Galatea cantó este soneto.

FLORISA.

Crezcan las simples ovejuetas mías
En el cerrado bosque y verde prado,
Y el caluroso estío é invierno helado.
Abunde en yerbas verdes y aguas frías.
Pase en sueños las noches y los días
En lo que toca al pastoral estado,
Sin que de amor un mínimo cuidado
Sienta, ni sus ancianas niñerías.
Este mil bienes del amor pregona,
Aquel publica del vanos cuidados,
Yo no sé si los dos andan perdidos,
Ni sabré al vencedor dar la corona:
Sé bien que son de amor los escogidos
Tan pocos, cuanto muchos los llamados.

Breve se les lizo á los pastores el camino, engañados y entretenidos con la graciosa voz de Florisa, la cual no dejó el canto hasta que estuvieron bien cerca del aldea y de las cabañas de Elicio y Erastro, que con Lisandro se quedaron en ellas, despidiéndose primero del venerable Aurelio, de Galatea y Florisa que con Teolinda al aldea se fuéron, y los demas pastores cada cual adonde tenia su cabaña. Aquella misma noche pidió el lastimado Lisandro licencia á Elicio para volverse á su tierra, ó adonde pudiese conforme á sus deseos acabar lo poco

LIBRO SEGUNDO.

LIBRES ya y desembarazadas de lo que aquella noche con sus ganados habian de hacer, procuraron recogerse y apartarse con Teolinda en parte donde sin ser de nadie impedidas, pudiesen oír lo que del suceso de sus amores les faltaba. Y así se fuéron á un pequeño jardín, que estaba en casa de Galatea, y sentándose las tres debajo de una verde y pomposa parra que intrincadamente por unas redes de palo se entretreja, tornando á repetir Teolinda algunas palabras de lo que ántes había dicho, prosiguió diciendo: Despues de acabado nuestro baile y el canto de Artidoro, como ya os he dicho, bellas pastoras, á todos nos pareció volvernó al aldea á hacer en el templo los solenes sacrificios, y por parecernos asimesmo que la solemnidad de la fiesta daba en alguna manera licencia; pero no teniendo cuenta tan á punto con el recogimiento, con mas libertad nos holgásemos, y por esto todos los pastores y pastoras en monton confuso, alegre y regocijadamente al aldea nos volvimos, hablando cada uno con quien mas gusto le daba. Ordenó pues la suerte y mi diligencia, y aun la solicitud de Artidoro, que sin mostrar artificio en ello los dos nos apartamos de manera que á nuestro salvo pudiéramos hablar en aquel camino mas de lo que hablamos, si cada uno por sí no tuviera respeto á lo que á sí mismo y al otro debía. En fin, yo por sacarle á barrera, como decirse suele, le dije: Años se te harán, Artidoro, los días que en nuestra aldea estuvieres, pues debes de tener en la tuya cosas en que ocuparte, que te deben de dar mas gusto. Todo el que yo puedo esperar en mi vida, trocará, respondió Artidoro, porque fueran no años, sino siglos los días que aquí tengo de estar; pues en acabándose, no espero tener otros que mas contento me hagan. ¿Tanto es el que recibes, respondí yo, en mirar vuestras fiestas? No nace de ahí, respondió él, sino de contemplar la hermosura de las pastoras de vuestra aldea. Es verdad, repliqué yo, que deben de faltar hermosas zagalas en la tuya. Verdad es que allá

que á su parecer le quedaba de vida. Elicio con todas las razones que supo decirle, y con infinitísimos ofrecimientos de la verdadera amistad que le ofreció, jamas pudo acabar con él que en su compañía siquiera algunos días se quedase; y así el sin ventura pastor abrazando á Elicio con abundantes lágrimas y suspiros se despidió dél, prometiendo de avisarle de su estado donde quiera que él estuviere; y habiéndole acompañado Elicio media legua de su cabaña, le tornó á abrazar estrechamente, y tornándose á hacer de nuevo nuevos ofrecimientos, se apartaron, quedando Elicio con gran pesar del que Lisandro llevaba; y así se volvió á su cabaña á pasar lo mas de la noche en sus amorosas imaginaciones, y á esperar el venidero día para gozar el bien que de ver á Galatea se le causaba. La cual, despues que llegó á su aldea, deseando saber el suceso de los amores de Teolinda, procuró hacer de manera que aquella noche estuviesen solas ella y Florisa y Teolinda; y hallando la comodidad que deseaba, la enamorada pastora prosiguió su cuento como se verá en el segundo libro.

no faltan, respondió el, pero aquí sobran: de manera que una sola que yo he visto, basta para que en su comparacion las de allá se tengan por feas. Tu cortesía te hace decir eso, ó Artidoro, respondí yo; porque bien sé que en este pueblo no hay ninguna que tanto se aventaje como dices. Mejor sé yo ser verdad lo que digo, respondió él, pues he visto la una y mirado las otras. Quizá la miraste de lejos, y la distancia del lugar, dije yo, te hizo parecer otra cosa de lo que debe ser. De la misma manera, respondió él, que á tí te veo y estoy mirando agora, la he mirado y visto á ella, y yo me holgaria de haberme engañado, si no conforma su condicion con su hermosura. No me pesara á mí ser esa que dices, por el gusto que debe sentir la que se ve pregonada y tenida por hermosa. Harto mas, respondió Artidoro, quisiera yo que tú no fueras. Pues ¿qué perderías tú, respondí yo, si como yo no soy la que dices, lo fuera? Lo que he ganado, respondió él, bien lo sé; de lo que he de perder, estoy incierto y temeroso. Bien sabes hacer el enamorado, dije yo, ó Artidoro. Mejor sabes tú enamorar, ó Teolinda, respondió él. A esto le dije: No sé si te diga, Artidoro, que deseo que ninguno de los dos sea el engañado. A lo que él respondió: De que yo no me engaño estoy bien seguro, y de querer tú desengañarte está en tu mano; todas las veces que quisieres hacer experiencia de la limpia voluntad que tengo de servirte. Esa te pagaré yo con la misma, repliqué yo, por parecerme que no sería bien á tan poca costa quedar en deuda con alguno. A esta sazón, sin que él tuviese lugar de responderme, llegó Eleuco el mayoral, y dijo con voz alta: Ea, gallardos pastores y hermosas pastoras, haced que sientan en el aldea nuestra venida, entonando vosotras, zagalas, algun villancico, de modo que nosotros os respondamos; porque vean los del pueblo cuánto hacemos al caso los que aquí vamos para alegrar nuestra fiesta. Y porque en ninguna cosa que Eleuco mandaba, dejaba de ser obedecido, luego los pastores

me dieron á mí la mano para que comenzase, y así sirviéndome de la ocasion y aprovechándome de lo que con Artidoro había pasado, di principio al villancico.

En los estados de amor
Nadie llega á ser perfecto,
Sino el honesto y secreto.

Para llegar al suave
Gusto de amor, si se acierta,
Es el secreto la puerta
Y la honestidad la llave;
Y esta entrada no la sabe
Quien presume de discreto,
Sino el honesto y secreto.

Amar humana beldad
Suele ser reprehendido,
Si tal amor no es medido
Con razon y honestidad:
Y amor de tal calidad
Luego le alcanza en efecto
El que es honesto y secreto.

Es ya caso averiguado,
Que no se puede negar,
Que á veces pierde el hablar
Lo que el callar ha ganado:
Y el que fuere enamorado
Jamás se vera en aprieto,
Si fuere honesto y secreto.

Cuanto una parlara lengua
Y unos atrevidos ojos
Suelen causar mil enojos
Y poner al alma en mengua,
Tanto este dolor desmengua,
Y se libra de este aprieto
El que es honesto y secreto.

No sé si acerté, hermosas pastoras, en cantar lo que habeis oído; pero sé muy bien que se supo aprovechar dello Artidoro, pues en todo el tiempo que en nuestra aldea estubo, puesto que me habló muchas veces, fué con tanto recato, secreto y honestidad, que los ociosos ojos y lenguas parlaras ni tuvieron ni vieron que decir cosa que á nuestra honra perjudicase. Mas con el temor que yo tenia que acabado el término que Artidoro había prometido de estar en nuestra aldea, se había de ir á la suya, procuré, aunque á costa de mi vergüenza, que no quedase mi corazón con lástima de haber callado lo que despues fuera excusado decirse estando Artidoro ausente. Y así, despues que mis ojos dieron licencia que los suyos hermosísimos amorosamente me mirasen, no estuvieron quedas las lenguas, ni dejaron de mostrar con palabras lo que hasta entónces por señas los ojos habían bien claramente manifestado. En fin, sabréis, amigasmias, que un día hallándome acaso sola con Artidoro, con señales de un encendido amor y comedimiento me descubrió el verdadero y honesto amor que me tenia; y aunque yo quisiera entónces hacer de la retirada y melindrosa, porque temia, como ya os he dicho, que él se partiese, no quise desdeñarle ni despedirle, y tambien por parecerme que los sinsabores que se dan y sienten en el principio de los amores, son causa de que abandonen y dejen la començada empresa los que en sus deseos no son muy experimentados; y por esto le di respuesta tal cual yo deseaba dársela, quedando en resolucion concertados en que él se fuese á su aldea, y que de allí á pocos días con alguna honrosa tercería me enviase á pedir por esposa á mis padres; de lo que él fué tan contento y satisfecho, que no acababa de llamar venturoso el día en que sus ojos me miraron. De mí os sé decir que no trocará mi contento por ningun otro que imaginar pudiera, por estar segura que el valor y calidad de Artidoro era tal, que mi padre sería contento de recibirle por yerno. En el dichoso punto que habeis oído, pastoras, estaba el de nuestros amores, que no quedaban sino dos ó tres días á la partida de Artidoro, cuando la fortuna, como aquella que jamas tuvo término en sus cosas, ordenó que una hermana mia de poco menos edad que yo, á nuestra aldea tornase de otra adonde algunos días había estado en casa de una tia nuestra, que mal dispuesta se hallaba; y porque consideréis, señoras, cuán extraños y no pensados casos en el mundo suceden, quiero que entendais una cosa que creo no os dejará de causar alguna admiracion extraña; y es que

esta hermana mia que os he dicho, que hasta entónces había estado ausente, me parece tanto en el rostro, estatura, donaire y brio, si algunó tengo, que no solo los de nuestro lugar, sino nuestros mismos padres muchas veces nos han desconocido, y á la una por la otra hablado, de manera que para no caer en este engaño, por la diferencia de los vestidos, que diferentes eran, nos diferenciaban. En una cosa sola, á lo que yo creo, nos hizo bien diferentes la naturaleza, que fué en las condiciones, por ser la de mi hermana mas áspera de lo que mi contento había menester, pues por ser ella menos piadosa que advertida, tendré yo que llorar todo el tiempo que la vida me durare. Sucedió pues que luego que mi hermana vino al aldea, con el deseo que tenia de volver al agradable pastoral ejercicio suyo, madrugó luego otro día mas de lo que yo quisiera, y con las ovejas propias que yo solia llevar, se fué al prado, y aunque yo quise seguirla por el contento que se me seguía de la vista de mi Artidoro, con no sé qué ocasion mi madre me detuvo todo aquel día en casa, que fué el último de mis alegrías. Porque aquella noche, habiendo mi hermana recogido su ganado, me dijo como en secreto que tenia necesidad de decirme una cosa que mucho me importaba. Yo, que cualquiera otra pudiera pensar de la que me dijo, procuré que presto á solas nos viésemos, adonde ella con rostro algo alterado, estando yo colgada de sus palabras, me comenzó á decir: No sé, hermana mia, lo que piense de tu honestidad, ni menos sé si calle lo que no puedo dejar de decirte, por ver si me das alguna disculpa de la culpa que imagino que tienes; y aunque yo, como hermana menor, estaba obligada á hablarte con mas respeto, debes perdonarme, porque en lo que hoy he visto hallarás la disculpa de lo que te dijere. Cuando yo desta manera la oí hablar, no sabia qué responderle, sino decirle que pasase adelante con su plática. Has de saber, hermana, siguió ella, que esta mañana, saliendo con nuestras ovejas al prado, y yendo sola con ellas por la ribera de nuestro fresco Henáres, al pasar por el alameda del concejo salió á mí un pastor, que con verdad osaré jurar que jamas le he visto en estos nuestros contornos; y con una extraña desenvoltura me comenzó á hacer tan amorosas saluciones, que yo estaba con vergüenza y confusa, sin saber qué responderle; y él, no escarmentado del enojo, que á lo que yo creo en mi rostro mostraba, se llegó á mí diciéndome: ¿Qué silencio es este, hermosa Teolinda, último refugio desta ánima que os adora? Y faltó poco que no me tomó las manos para besármelas, añadiendo á lo que he dicho un catálogo de requiebros que parecia que los traía estudiados. Luego dí yo en la cuenta, considerando que él daba en el error en que otros muchos han dado, y que pensaba que con vos estaba hablando: de donde me nació sospecha que si vos, hermana, jamas le hubiéades visto ni familiarmente tratado, no fuera posible tener él atrevimiento de hablaros de aquella manera: de lo cual tomé tanto enojo, que apenas podia formar palabra para responderle; pero al fin respondí de la suerte que su atrevimiento merecia, y cual á mí me pareció que estábades vos, hermana, obligada á responder á quien con tanta libertad os hablara; y si no fuera porque en aquel instante llegó la pastora Licea, yo le añadiera tales razones, que fuera bien arrepentido de haberme dicho las suyas: y es lo bueno, que nunca le quise decir el engaño